

**Budô:**  
**El momento perfecto**



**Kenshinkan dôjô 2016**

Cuatro amigos nos encontrábamos de nuevo después de diez años sin coincidir.

La vida nos había cruzado por dentro y por fuera.

El tiempo había transcurrido entre viajes, trabajos, lecturas y amores.

La tarde se presentaba lluviosa, y fuera de aquel refugio, en el que yo aún vivía, se mostraba implacable, inclemente con todo y con todos. No obstante, gracias al fuego de la chimenea, habíamos fundido, de inmediato, las primeras distancias.

Libros y músicas nos rodeaban, acompañando, siempre, al café y la conversación.

El momento parecía llegar a la perfección.

La tertulia derivó hacia la experiencia del instante perfecto, su conquista, mantenimiento y asimilación.

El primero de mis amigos, un actor residente en China, nos habló desde su perspectiva oriental. Él era, antes que ninguna otra cosa, un taoísta convencido.

El segundo, un gran poeta, compartió con nosotros su inmersión en la Naturaleza, su participación en ella y la fusión con los elementos hasta casi confundirse con el paisaje.

El tercero, un marino de altura, nos narró una historia que le hizo saber un lobo de mar, quien le explicó cómo apareció, sin capitán, un viejo velero en las costas de Maracaibo, en Venezuela.

Yo quise participar relatando una experiencia vivida en el interior de mi propio dōjō, un día cualquiera de invierno, cuando la luz de la tarde ya nos abandonaba, pero otra luz, más potente aún que ésta, hizo su aparición, adueñándose de nuestro entorno y haciendo crecer nuestro espíritu.

Fue un momento perfecto junto al Budō Tradicional que tanto amábamos.



## 1

### **El taoísta.**

### **Un aire bendito**

A la vez que trabajaban en los arrozales, los taoístas permanecían atentos al movimiento de la naturaleza que les envolvía.

La mañana había sido intensa y la jornada tocaba a su fin.

Sus espaldas, encorvadas, habían soportado horas de plantación y recogida.

El suelo, mojado, hacía aún más difícil mantener, estoicamente, la postura del cuerpo.

Súbitamente, se levantó una brisa suave.

Comenzó moviendo las copas de los árboles del bosque frondoso que les protegía, llegando, enseguida, a los arrozales, bajando desde allí por los caminos, hasta llegar a la aldea.

Todos los campesinos levantaron la mirada y abriendo los brazos de cara a aquel viento se quedaron inmóviles, varados en el instante, sintiéndose parte de aquel aire bendito.



2

## **El poeta.**

### **Entrar en la vega**

La mañana era nueva, recién abierta.

La niebla había comenzado a levantar.

Podía observarse la escarcha fundiendo su plata en el agua del río.

Las gotas del rocío rompían sus racimos sobre las jaras.

El aire aún se mostraba tibio.

La tierra, humedecida, transmutaba su color con los primeros rayos de sol.

El verde se había hecho, definitivamente, con el bosque, después de un verano que todo lo había calcinado.

El caminante se topó con la vega, asistiendo al espectáculo del canto del cuco, de la alondra dormida en la rama, del vuelo del buitre leonado, dibujando, en un cielo más que limpio, círculos imposibles, espirales que ascendían hasta más allá de sus ojos.

Su corazón interrumpió el ritmo y su mente se abrió, como despertando del sueño de los días de letargo.

Al fin pudo ver la Belleza de aquel lugar increíble.

Había llegado a su meta.

Detuvo sus pasos, su curiosidad y su mirada.



### 3

## **El marino.**

### **La travesía del Atlántico**

Él quería cruzar el Atlántico en su viejo velero.

Bajó, primero, a las Islas Canarias, para conocer a los alisios, estudiarlos y pactar con ellos la travesía.

Después, firme en su propósito, levó anclas, desplegando todo el velamen del que disponía.

A medio camino de las Antillas, el mar comenzó a serenarse.

Aparecieron los vientos suaves por popa, acompañando la derrota del barco hasta hacerla casi perfecta.

Una tarde, en medio del mar inmenso, el Sol se cayó del día, rompiendo en pedazos un cielo imposible.

Los colores anaranjados teñían el trapo blanco de las velas y, también, el iris de aquel piloto de altura.

Escorando el casco a babor, firme en el timón, palos, vergas y jarcias en completa sintonía con la mar, barco y navegante se hicieron Uno con el Océano.

El marino había llegado a su destino.

Sin despedirse del mundo detuvo allí su tiempo y se quedó para siempre en el fondo del Gran Azul.





## 4

### **El budoka.**

### **El momento perfecto**

También en Budô, de tiempo en tiempo, todo parece perfecto y uno se siente llegado a ese lugar en el que siempre ha deseado vivir.

Sí, de tiempo en tiempo, el arquero se hace uno con su arco; el sable descubre para el espadachín espacios inimaginables; el kata de Karate se muestra dispuesto a enseñarnos el secreto de su esencia más íntima.

Se acercaba la tarde serena que traía, escondida, la hora perfecta.

El dôjô estaba tranquilo.

Éramos un puñado de hombres y mujeres anónimos, sosteniendo, en las manos, sólo un destello del viejo Bujutsu.

Como los antiguos filósofos, que encendían lámparas votivas a Platón, así habíamos iluminado nosotros nuestro humilde trabajo.

Nombrábamos, únicamente, las palabras justas, los libros de grandeza, los viejos y nobles documentos.



Después, una paz sin igual se hizo con el lugar e inundó nuestros corazones hasta aquietarlos.

Estábamos en el lugar indicado en el instante preciso.

Todos decidimos permanecer allí, silenciosos ante los oídos de otros, alejados del ruido del mundo, envueltos en aquello que considerábamos nuestro Budô perfecto.

**Kenshinkan dôjô 2016**